



Sólo la tiranía y los Gobiernos que no están
interpretando los intereses del pueblo
temen a la oposición

Discurso del Senador Jaime Larráin, en la sesión de clausura
de la Convención del Partido Agrario Laborista

**SOLO LA TIRANIA Y LOS GOBIERNOS
QUE NO ESTAN INTERPRETANDO LOS
INTERESES DEL PUEBLO TEMEN A
LA OPOSICION**

**DISCURSO DEL SENADOR JAIME LARRAIN
EN LA SESION DE CLAUSURA DE LA CONVEN-
CION DEL PARTIDO AGRARIO LABORISTA**

Por mandato de la Convención Extraordinaria del Partido Agrario Laborista, a cuyas sesiones ponemos solemne término, debo dirigirme a la opinión pública de mi Patria para dar a conocer la posición de nuestro Movimiento, frente a los problemas que encara la nacionalidad.

Han concurrido a estas sesiones, hombres de trabajo de todas las provincias, que trajeron junto a sus ansias de progreso, la expresión sincera, desinteresada y experta de su reacción ante la crisis que

desde hace años viene minando nuestra organismo nacional.

Agricultores, industriales, obreros, empleados, profesionales, hombres de trabajo todos, abandonando por un instante la silenciosa y cotidiana tarea de acrecentar el esfuerzo creador de la República, acudieron a entregar a su Partido todo el acerbo de sus conocimientos, experiencia y virtudes de buenos chilenos.

Vinieron a decirnos que en las provincias se conserva intacta y ardiente la fe en el destino histórico de Chile. Que se confía en la capacidad creadora de la raza y que en todas las almas alienta inextinguible el anhelo de restaurar las tradiciones que hicieron la grandeza del pasado.

Esta renovada profesión de fe de los hombres de trabajo en la reconstrucción de Chile, constituye para los dirigentes Agrario Laboristas el más grande estímulo para no desmayar en la tarea que voluntariamente se han impuesto de formar un Partido cuyo superior objetivo sea la superación de la crisis nacional.

Estamos orgullosos de representar el espíritu y mentalidad de tales hombres, hombres que sólo piensan en el servicio de su país, en edificante y a la vez penoso contraste con aquellos otros chilenos que sólo ven en los Partidos el medio, herramienta y plataforma que les permitan satisfacer sus ambiciones.

Etapa de profunda crisis

Ningún ciudadano de este país puede desconocer la gravedad de la crisis que atravesamos. Lo que hasta ayer era preocupación de unos pocos, sinceramente interesados en la suerte de su nación, ha pasado a ser el problema nacional y la cruel interrogante que gravita sobre las generaciones responsables de forjar un futuro para Chile.

Ya no es la crisis nacional un fenómeno que pa-

para ser captado precisa de conocimientos especiales ni de profunda sensibilidad. No abarca aspectos unilaterales, ni comprende esferas determinadas. Absorbe todo el organismo de la República e incluso llegó hasta comprometer lo que fué siempre nuestra reserva y nuestro mayor aliciente, la fe en que tiene Chile un destino histórico.

Desgraciadamente el cuadro nacional es de desorientación completa frente a la crisis y lo que es más grave de desconocimiento por el país de los fenómenos que lo motivan. Se sienten los efectos en todos los órdenes del terrible proceso de caída, se clama por su solución, pero no se advierte una réplica en concordancia con la trascendencia de la tarea que hay que asumir.

De ahí que la preocupación primordial de la Convención del Partido Agrario Laborista haya sido plantearse positivamente ante la crisis que está amenazando los cimientos mismos de la soberbia construcción que fuera Chile y que la nacionalidad tiene el imperativo de superar.

Cuando la vida misma de un pueblo está en juego, cuando el dilema llega a ser de supervivencia, una nación ha de recurrir a sus reservas morales para decidir su destino.

La etapa mortaliana

Nuestro país, con la misma pobreza de hoy, falto de capitales, de técnicos, con una producción incipiente de sólo materias primas, con escasa población, geográficamente lejana a las fuentes de la cultura y del progreso mundial, con un reducidísimo presupuesto, contorneado prácticamente al territorio comprendido entre Coquimbo y Concepción, agigantándose sobre estas desfavorables condiciones, fué grande en el pasado.

Nacientes a la independencia pudimos no sólo afrontar la lucha por nuestra libertad sino que, en

unión con Argentina, contribuimos poderosamente a la emancipación de nuestras Repúblicas vecinas.

Superada la etapa de la liberación, surgió Chile bajo la inspiración del Genio de Portales, al período más brillante y creador de su historia.

La pequeña, pobre y aislada nación crea la primera flota mercante sudamericana. Construye los primeros ferrocarriles del continente. Funda la mejor Universidad, a cuyas aulas acudían a formarse los que luego fueron los más preciosos valores de muchas naciones. Defendimos vencedores nuestra soberanía e integridad territorial, coronándose nuestras Fuerzas Armadas de inmarcesible gloria. Aman-tes de la libertad, luchamos por la soberanía amenazada de países hermanos.

Nuestra grandeza corría a la par con nuestra pobreza, pero nuestra juventud como nación no impidió que nuestras instituciones fundamentales tuvieran el vigor y la solidez de las seculares instituciones de los más poderosos Estados de la tierra.

Si en muchos aspectos adolecíamos de pobreza, poseíamos en cambio una riqueza superior, la del espíritu, la fe en nosotros mismos y en la capacidad de nuestra raza. Creamos en el destino histórico de Chile y en que el ciudadano debe antes que nada sus esfuerzos, al engrandecimiento de su Patria.

El concepto de nación había plasmado en la conciencia de todos los componentes del Estado. Nuestra mentalidad era la de construir y nuestro horizonte la superación frente a la adversidad y los obstáculos. Nuestro punto de apoyo la unidad interior y la coincidencia de afanes. Nos sentimos poseedores de la mayor energía anímica que puede mover a un pueblo, el respeto a una misión que desempeñar en el continente.

Nuestros Mandatarios eran los rectores morales de la Nación. La honestidad, el amor al trabajo, la disciplina y el patriotismo actuaban como pilares de la República e inspiraban los actos ciudadanos.

El chileno, por modesta que fuera su condición, cifraba su mejor orgullo en el servicio de su país y en el cumplimiento de su deber. El interés de la República primaba sobre el interés particular.

Invencibles en la guerra por el amor a la Patria, merecimos el calificativo de la Esparta de América, porque asombraba al mundo la unidad interna de un pueblo que era fuerte por la sobriedad de sus costumbres y la honradez de gobernantes y gobernados.

La clase dirigente de la República llegó a merecer el calificativo pristino de aristocracia y se caracterizó por la sobriedad y pureza de sus actos. Era el espejo en que se miraba el pueblo que veía a sus conductores identificados siempre con los grandes intereses nacionales. Las naturales pruebas por que atraviesa toda joven nación se vencieron siempre con facilidad y tras el conflicto surgía Chile más unido y más fuerte. El destino nos pertenecía, precisamente por la comunidad de intereses nacionales que sólidamente cohesionaba a las clases dirigentes y a las clases populares.

Es entonces cuando nuestra Patria aparece como un oasis en el convulsionado panorama de las naciones latino-americanas que durante la mayor parte del siglo pasado experimentan sus más crueles pruebas. Se nos compara con las más sólidas Democracias mundiales y José Enrique Rodó, el eminente filósofo uruguayo, escribe sobre nosotros la frase que todo chileno jamás debe olvidar: ¡Chile, Nación maestra de naciones!

¿Y qué era lo que impulsaba a nuestra República? ¿Qué factores motivaban ese período soberbio en que un país pequeño comulgaba con la grandeza y escalaba en los campos del concierto humano un lugar preponderante?

Era la tradición portaliana, el genio de Portales que inspiraba nuestras instituciones, la obra del hombre que supo sacar a la superficie todo lo que el pue-

h'o chileno puede dar de eterno como raza y como nación.

Es aquí donde debemos detenernos a meditar porque sólo con la restauración de los principios portalianos y con obediencia a sus leyes es como podremos sobreponernos a nuestra actual crisis y detener la caída de la República.

Cuando adviene don Diego Portales al Gobierno, la situación porque atravesaba Chile era en muchos aspectos similar a la que ahora vivimos.

Anarquía total en los grupos políticos. Indisciplina ciudadana, bancarota en las finanzas nacionales. El progreso del país paralizado, su unidad política quebrantada. No había continuidad alguna de gobierno, sino un caudillaje desenfrenado. No existía respeto a la autoridad, ni jerarquía. Los Gobiernos se sucedían sin llegar a introducir el menor orden en los negocios públicos. El glorioso Ejército de la Independencia no había podido sustraerse a la influencia demoleadora de las pasiones y de garantía de la nación se convirtió en amenaza. El germen de la guerra civil prendía con su cotejo de penosas consecuencias, pues cada bando de los muchos en que se dividía la opinión pública aspiraba al Peder para desde allí exterminar a su adversario. Era un panorama desolador donde se estaba malogrando el esfuerzo glorioso de los augustos libertadores de la República.

¿Cuál es la obra de don Diego Portales y cuál su genialidad?

Portales no había tenido hasta entonces figuración en los asuntos públicos. Era un hombre de trabajo como ustedes, no contaminado en las pasiones políticas de la época, de aguda visión y de profundo sentido de la realidad.

Su instinto le advertía que las jóvenes naciones americanas, especialmente su Patria estaban amenazadas en su lucha por constituirse como Repúblicas por la anarquía, anarquía proveniente de la falta de

autoridad, de disciplina cívica y más que nada por la carencia de un objetivo exacto en que vaciar sus tumultuosas energías.

A extirpar estas causas de disgregación dedica Portales todos sus esfuerzos y bien sabemos que a esta tarea consagró sus horas, su fortuna y su vida misma. Restablece el concepto de autoridad. El Gobierno ha de ser fuerte, pero su fuerza radica en su prestigio, en su solvencia moral y en la forma cómo sirve los altos intereses nacionales. El Gobierno ha de ser impersonal. Pertenece a la República y no a un Partido o a un grupo, jamás a las ambiciones particulares. El que atenta contra el orden público, la estabilidad institucional o el prestigio de su Patria, el que no ciñe a estricta moralidad sus actos, ha de ser severamente sancionado y el peso del castigo debe caer sobre el responsable sin excepciones, cualquiera que fuere su cuna o sus influencias.

La Administración pública ha de ser una organización orientada exclusivamente al servicio del Estado y sus componentes deben ingresar y progresar en ella por merecimientos. Los recursos del Estado deben invertirse con prudencia en obras de exclusivo beneficio nacional. No pueden ser disponibilidad de un Partido ni de un sector determinado de la nación. Las Fuerzas Armadas han de ser escuela de severa disciplina y la más noble salvaguardia de las instituciones fundamentales. Las leyes se dictan para cumplirse y no para ser burladas. El gobernante o cualquier ciudadano que desempeñe un cargo público, debe ajustar sus procedimientos a la más acrisolada probidad y a la más leve crítica en su contra tiene la obligación de probar su honradez.

El ejemplo han de darlo al pueblo los mejor capacitados y la nación entera ha de tener un objetivo. una misión que cumplir misión de auténtico sentido nacional. El gobernante es responsable de la grandeza de su nación, a la que debe guiar animando sus fuerzas creadoras por el camino de

la sobriedad, teniendo presente que Chile es un país pobre, escasamente dotado, donde es fatal la dispersión de energías, porque todo tiene que lograrse aquí con gigantesca fe y fuerza de voluntad.

He aquí la síntesis. Disciplina, autoridad, jerarquía. Responsabilidad, trabajo y cumplimiento del deber. Probidad, sanción y Gobierno impersonal.

Fórmula sencilla pero eterna y cuán inmensos sus resultados, cuán profunda su influencia en nuestra historia.

Portales ni impartió soluciones extranjeras ni copió las actitudes de ningún otro gobernante. No aplicó para remediar la anarquía que corroía a su Patria ningún sistema político. Su visión y genio radica exclusivamente en que apreció todo lo que anima en lo profundo del pueblo chileno, sus inmensas virtudes morales, su extraordinaria capacidad y las condujo a la superficie. Con materiales genuinamente chilenos modeló el Estado y lo proyectó hacia el futuro.

Su muerte no hizo sino consagrar su obra, pues el pueblo reaccionó con sus victimarios, había sido bien gobernado, había sido interpretado, se le había dado ejemplo de austeridad. No había excepciones ante la ley y se le había mostrado sus horizontes.

Chile es y será una nación amante del orden, la legalidad y la disciplina. Prudente y de buen criterio, aún ante las más crueles convulsiones de profundo sentido crítico para pesar las actitudes de los Gobiernos que no se fundamentan en la austeridad y el interés nacional.

Portales supo comprender estas virtudes, vio lo que la raza lleva en sí y sobre el propio pueblo chileno estructuró la creación chilena.

La tradición portaliana se hizo carne y espíritu en nuestra República y se prolonga hasta 1891, año en que los Partidos políticos llamados históricos le ponen término mediante la Revolución que derribó al Presidente Balmaceda, el último de esa serie de

grandes Presidentes como Prieto, Bulnes, Montt, Pinto, con los que nuestro país, alcanza el pináculo de la organización, el progreso y la potencialidad.

Nadie, absolutamente nadie, puede desconocer ni la grandeza de la etapa portaliana ni su influencia decisiva en los destinos de Chile. Mucho menos que su esencia es lo nacional. Perdurará para siempre señalando las grandes líneas rectoras que debe obedecer la política de este país, capaz de las más altas proezas y de las más soberbias construcciones siempre que sea bien gobernado y que se le dé el ejemplo. Capaz de los mayores sacrificios disciplina y superación cuando ve identificarse a sus gobernantes y dirigentes con los legítimos intereses nacionales.

Los partidos históricos

A la sombra de la tradición portaliana tuvieron su razón de ser en las diferencias religiosas que conmovieron a nuestras generaciones en el siglo pasado y en la lucha por el laicismo que perduró hasta 1925. Es así como durante muchos años los debates de nuestro Parlamento fueron interminables ante problemas como el matrimonio civil los cementerios laicos, la enseñanza primaria obligatoria, la libertad de enseñanza y por fin, la separación de la Iglesia y el Estado que fué aprobada recientemente en 1925.

Las grandes transformaciones que en el campo económico social se operan en el mundo desde mediados del siglo pasado, llegan hasta nuestra República con toda su inmensa fuerza y complicaciones e irrumpen con violencia en un medio que no se encontraba preparado para ellas y donde las diferencias de condición eran acentuadas.

Los partidos políticos chilenos no estaban capacitados para enfrentarse al nuevo dilema que se crea a la humanidad y por cuya solución claman las masas, el PROBLEMA SOCIAL ECONOMICO. Aún más, desconocían este problema que la creación por

taliana, al dar contenido histórico y buen Gobierno a Chile, había evitado hasta la fecha. Toda la capacidad aglutinante de los Partidos chilenos derivaba de las grandes discusiones religiosas.

El problema social-económico los sorprende y los trastorna. Los que antes presentaban un solo cohesionado frente se dividen ante la interpretación de los fenómenos sociales y así vemos operarse en ellos un curioso pero trascendental fenómeno. Cada partido pasa a contar en su seno con un sector de avanzada que reconoce la necesidad de innovar. Se le opone un sector moderado que resiste las transformaciones y finalmente hay un centro que trata de conciliar los bandos divergentes.

Desaparece ante la influencia del proceso social económico la artificial unidad de los Partidos, cuyos principios y finalidades resultan ahora inoperantes ante un mundo que ha variado y que exige nuevas fórmulas de convivencia para conjurar la grave crisis que amenaza a la civilización.

Chile no puede sustraerse a esta evolución del mundo. Hace un siglo una nación hubiera podido fácilmente aislarse de cualquier crisis o permanecer indiferente ante cualquier proceso. Hoy las naciones están concatenadas y lo que afecta a una repercute en las otras. Es la gran virtud del progreso y del avance humano que a la vez lleva involucrado severo castigo para los pueblos que olvidan las leyes de la solidaridad.

En la crisis política que conmueve a Chile y que es más profunda de lo que muchos espíritus ligeros imaginan, influye también poderosamente, el fenómeno de caducidad del Régimen Individualista a cuyo ocaso asiste el mundo, después de haber cumplido su misión y dispensado los beneficios que le fueron posibles al hombre.

Nadie podría negar sin caer en la injusticia que el régimen individualista aportó poderoso progreso a la humanidad. Baste recordar las conquistas de la

Revolución Francesa, el desarrollo de la técnica, la incorporación del derecho a la vida de los pueblos y muchos otros aspectos que sería largo enumerar. Pero en la obediencia a las leyes de la evolución, el Régimen Individualista, con su concepción especial de la vida y de la sociedad, cumplió sus objetivos, creó sus consecuencias y llegó para él, el momento de ser reemplazado.

Es la suerte de las organizaciones y sistemas humanos frente al signo de la especie que es la lucha por la constante renovación y perfeccionamiento.

Si intensos y decisivos fueron los beneficios que a la humanidad reportó el Régimen Individualista, también ocasionó problemas profundos que fué incapaz de solucionar y por esta causa la humanidad propugna, ahora nuevas formas de convivencia que lo superen.

El individualismo económico, esencia del régimen trajo como consecuencia funesta la aparición de la lucha de clases, representada en un extremo por el empresario deshumanizado y atento sólo a sus fines de lucro, y por el otro, por un proletariado que, sintiéndose totalmente indefenso ante la prepotencia capitalista, en busca desesperada de justicia, ha llegado a proclamar la quiebra del régimen y aún de la cultura occidental cristiana, entregándose en brazos de un materialismo destructor de todas nuestras normas de convivencia. El choque encontrado en estas fuerzas condujo a la humanidad a la peor encrucijada de su historia, y hoy estamos asistiendo a un proceso mundial de revisión de las normas de convivencia para encontrar un justo equilibrio que impida la desaparición de la cultura occidental cristiana.

El Régimen Individualista no ha sido capaz de resolver los grandes problemas que él mismo creó y ha de resignarse a ser reemplazado por nuevas formulas que permitan superar la crisis por él provocada.

Por eso es peligrosa, la explotación que hoy se hace del momento político, pretendiendo impresionar a la opinión pública en vísperas de las elecciones de 1949, para impulsarla a elegir entre el Liberalismo o Comunismo. Como si no existieran otros sistemas políticos superiores.

También se pretende impresionar falsamente llamando "Tercer Frente", para asimilarlos a los comunizantes de Wallace en los Estados Unidos a los que quieren restaurar la dignidad en el Gobierno, la probidad en la administración, la sanción a los gestores, la justicia social en el trabajo y una gran línea política en la vida nacional.

Por fortuna, la cultura social de este país es ya bastante avanzada para que la opinión pública se deje engañar por tan absurdo sofisma.

No se encara la crisis

Nuestro país no podía substraerse al fenómeno mundial que llegó hasta nosotros con todo su gigantesco ímpetu, singularmente agravado por las condiciones de economía colonial que caracterizan a Chile y por haber sorprendido a la nación en el momento en que abandonaba las tradiciones que habían constituido sus bases de Estado en forma.

La crisis del Régimen Individualista viene gravitando sobre la República desde décadas, sin que haya mediado esfuerzo serio para resolverla. Se ha prolongado sin llegar a su fondo y se ha postergado indefinidamente y como fruto de todo fenómeno que no se resuelve, nos condujo a la descomposición y a la peor de todas las resultantes la decadencia moral y la pérdida de las fuerzas anímicas que habían movido al pueblo chileno.

Para contrarrestar la crisis que se agudizaba y solucionar los problemas particulares de índole económica que irrumpían incontenibles reclamando solución inmediata, no se atinó a otra fórmula que a

mantener el estado de cosas, injertándole experimentos socializantes que aplicados con criterio liberal a una economía individualista, no tuvieron otra resultante que aumentar el desorden, provocando el desprestigio de los organismos creados y de las medidas tomadas y conduciendo al caos económico, social y político.

Poco a poco vamos cayendo en un estatismo exagerado que todo lo quiere controlar a través de una administración burocrática totalmente ajena al proceso productor del país.

En la opinión pública se origina una completa desorientación. Unos propenden a la creación de un Estado Providencia que resuelva todos los problemas que escapan a la acción particular y otros, los individualistas, desean la vuelta al Estado Guardian, que no debe intervenir en el campo de la economía nacional, dejando exclusivamente a la iniciativa privada el progreso económico.

No se juega impunemente con las leyes naturales ni con las que rigen inflexiblemente la economía. Las consecuencias de estos errores, de tanto ensayo indiscriminado e infructuoso, de cuanto improvisación puede echarse mano, no tardarán en sobrevenir. Nuestro país, de poca población, de escaso poder consumidor, descapitalizado y con una moneda desvalorizada, con una instrucción humanística hipertrofiada e inadecuada a las necesidades técnicas de la producción nacional en su clase media, que con trasta trágicamente con la ignorancia que inhabilita a las clases populares, llega al extremo de carecer prácticamente de una economía nacional en forma.

La crisis del salitre

La victoria de 1879, entrega a Chile las riquezas inmensas del salitre y nuestro país se convierte de improviso en dueño de un opulento presupuesto.

El nitrato llena las arcas fiscales, al extremo que los gastos se financian con exceso sin necesidad de aplicar contribuciones.

Modelado el país en la pobreza y la austeridad, lo desquicia sin embargo, su nueva condición y son los Partidos Políticos los que a partir de 1879, pugnan por la conquista del Gobierno, y los que, derrocado Balmaceda, se transforman en los poseedores del presupuesto, en los dominadores de los múltiples negocios y de los grandes intereses que se crean.

Los últimos Gobiernos de la Tradición Portaliana comprenden el peligro y se resisten a la presión de los Partidos. Señalan la conveniencia de invertir las nuevas entradas en obras reproductivas y el genial Presidente Balmaceda llega a vaticinar el colapso del salitre por los descubrimientos de la técnica. El conflicto se produce y con la caída del ilustre gobernante se interrumpe la era portaliana. Se impone a Chile el régimen parlamentario.

Es entonces cuando un nuevo factor intensifica los efectos de la crisis. La vieja aristocracia colonial chilena había sido hasta entonces el ejemplo en que se había inspirado el pueblo y la depositaria de todo el Código de Honor de la República. Desde 1891, la aristocracia abandona su rol de conductora y se separa del pueblo que se ve sin guía y que comprende que no tiene defensa en sus aspiraciones e intereses.

La revolución de 1891, pone fin al Ejecutivo fuerte, jerárquico y conductor y lo reemplaza por el Gobierno a base parlamentaria, con predominio de los Partidos y de las asambleas políticas, cuya característica no es precisamente la influencia de los más aptos.

Ya se han reunido todos los factores de la crisis chilena y comienza a operarse la lenta caída de la República hasta llegar a los actuales índices de

incapacidad económica, anarquía y descomposición moral.

El Gobierno depende por entero de las mayorías parlamentarias. Los Ministerios se suceden vertiginosamente. La alta política nacional cuyo signo eran la creación y los intereses colectivos, degenera en politiquería y en lucha por el presupuesto. Los Partidos no buscan el Poder sino para premiar servicios electorales, sin selección ni respeto alguno por los merecimientos ni por la calidad de la Administración Pública.

El jacobinismo radical se introduce en la educación pública y la enseñanza separa a las jóvenes generaciones de las actividades productoras, no dándoles más meta que las profesionales liberales o empleo público. Comienza a crecer en forma desmedida la burocracia hasta llegar al actual índice de empleados fiscales que absorbe casi por completo el presupuesto nacional, asfixiando las energías del país. impidiendo capitalizar y realizar obras reproductivas y de envergadura.

El país comienza a ser gobernado en función de su burocracia y al servicio de ella, Característica del Estado Burocrático es el afán de comodidad y la ausencia de toda política creadora. La mentalidad nacional, desviada por un inadecuado sistema educacional y oprimida por la burocracia, se torna indiferente, medrosa y carente de visión. El sentido de responsabilidad individual que constituyó la esencia de la tradición portaliana se ha disipado por completo.

Paralelamente a la irrupción del Problema Social Económico, un nuevo factor viene a convulsionar más el caótico campo en que se debate el país. Con el descubrimiento del nitrato sintético, Chile pierde las entradas del salitre que financiaban su presupuesto y queda enfrentado de golpe a la cesantía de miles de obreros. A la crisis política se agrega

ahora la crisis económica en cuyo pleno centro de depresión nos encontramos.

La quiebra de todo un orden político como era la tradición portaliana; la substitución de la aristocracia colonial por una plutocracia sin principios ni tradición; la influencia de los conflictos sociales mundiales; el desgobierno y la anarquía politiquera; el empobrecimiento nacional que originan los subidos impuestos que se aplican para financiar el aumento de la burocracia; el agravamiento de la lucha social y la corrupción que comienza a convertirse en sistema nacional, repercuten profundamente en el corazón del pueblo que va a vaciar sus instintos de defensa en nuevos Partidos que le ofrecen fórmulas de salvación y algo más que no se conocía en Chile, la revancha, frente a los que cree causantes de sus problemas.

La masa ciudadana no encuentra ya en los Partidos la expresión de sus aspiraciones y surgen nuevas entidades de vida efímera que tampoco logran el favor de la opinión pública, porque no llegan al fondo de la crisis que a cada instante se agudiza.

Fracasan también los esfuerzos de algunos grupos que sin considerar las condiciones nacionales, su formación y curso histórico, tratan de encontrar la solución en teorías extranjeras que no tienen otro atractivo que su originalidad y que caen en el vacío.

La pérdida de las grandes líneas de nuestra política va desinteresando de ella a muchos ciudadanos que no encuentran la justificación moral que antaño caracterizaba a la vida cívica. Los intereses electorales, la satisfacción de negocios de círculos, han pasado a constituir la actividad partidista en cuyas asambleas domina el más audaz y demagogo. Como consecuencia de esta pérdida de calidad de los Partidos, se comienza a observar de cadencia en la representación que llevan al Parlamento. Las últimas décadas del Congreso no tienen comparación con los períodos que conociera en

el pasado, donde si bien es cierto muchos debates se consumían en problemas filosóficos, primaban el talento y más que todo la selección.

El desenfreno politiquero ocasiona en 1924, la reacción de la Revolución Militar; pero ya nada puede contener la crisis que se desencadena en toda su fuerza y sus manifestaciones y que 1938, bajo el signo de una abierta reacción de las masas, entroniza en el Gobierno al Frente Popular, con la bandera de las reivindicaciones sociales y económicas del proletariado.

El Partido Radical

Con el ascenso del Frente Popular al Gobierno, el Partido Radical asume sin contrapeso el Gobierno de la República.

Este Partido que desde hace muchos años controlaba la educación pública y gran parte de la Administración, para consolidar sus posiciones, fortalecer su burocracia y destacar en los organismos interventores del Estado, sus dirigentes políticos, no trepida a fin de evitar la competencia de otros Partidos, en estimular el crecimiento del Partido Comunista y conquista con su ayuda, en tres períodos sucesivos, la Presidencia de la República.

Culmina este proceso cuando el señor Gonzáles Videla invita a participar en el Gobierno, con tres Carteras Ministeriales, al Partido Comunista. Las consecuencias de este inmenso error político debió pagarlas el país. La agitación se entronizó en todas las manifestaciones de la vida nacional. Estallan huelgas y conflictos de todo orden. La economía es impulsada a la ruina y ya nada parecía detener el crecimiento incontenible y prepotente del Partido Comunista. El ascenso del Partido Comunista, debido al amparo que le prestó el Gobierno Radical, llega a dispensarle en las elecciones de Regidores de 1947, la suma de 91.204 votos, contra

36.792 que obtuvo en las elecciones de Diputados de 1945, es decir, que en el espacio de dos años aumentó en 54.412 votos.

El reconocimiento explícito y sin atenuantes de este error es la Ley llamada de "Defensa de la Democracia" y la petición en tres ocasiones sucesivas de "Facultades Extraordinarias".

La diferencia de criterio que hemos señalado en los Partidos históricos frente al Problema Social Económico y la lucha política, se caracteriza en el Partido Radical en los últimos años, por la rebelión de un grupo considerable de sus miembros que, en desacuerdo a su posición comunizante, inspirado en el oportunismo político, se separa de la Directiva Oficial y forma un nuevo Partido, el Radical Democrático.

Frente al Comunismo

Al discutirse la ley llamada de "Defensa de la Democracia", el Partido Agrario Laborista hizo oír nuevamente su voz. Fuimos el Partido que luchó contra la prepotencia comunista cuando estaba en el Poder y nos negamos a formar parte de un Gobierno en que el Partido Comunista ocupaba tres Ministerios. Denunciamos las maniobras comunistas en reiteradas ocasiones y la desorganización de la economía nacional, conjuntamente con las funestas consecuencias que ocasionaba al país.

Hemos votado las facultades extraordinarias solicitadas por el Gobierno y en el proyecto de Ley de Defensa de la Democracia, votamos a favor en general, así como también las modificaciones a la Ley 6026, de Seguridad Interior del Estado, pedidas por el Ejecutivo, incluso la que declara ilegal la existencia del Partido Comunista. Pero no votamos favorablemente al artículo 2.º transitorio, que elimina de los Registros Electorales a miles de ciudadanos por haber sido comunistas, porque conside-

ramos esta petición del Ejecutivo otro gravísimo error, de funestas consecuencias que no tardaremos en palpar.

Siendo el Comunismo en su esencia un movimiento revolucionario, creado para trabajar en la ilegalidad se robustecerá en una acción subterránea incontrolable y seguirá constituyendo una amenaza para la República.

Además muchos miles de ciudadanos que votaron en favor del Comunismo, lo hicieron por presión o por miedo, sin ser ellos comunistas, y al borrarlos de los Registros Electorales, indiscriminadamente convertiremos en enemigos irreductibles de la Democracia, a todos los que injustamente sufren esta sanción.

No estamos solos en esta opinión. El candidato del Partido Republicano a la Presidencia de la República en los Estados Unidos de Norte América, señor Dewey, ha manifestado en un discurso reciente de su campaña electoral, el juicio que las medidas de represión policial contra el Comunismo le merecen, diciendo "que no quiere ver al Comunismo en la ilegalidad ni quiere crear mártires en las filas comunistas".

Y en el mismo Senado, muchos Senadores de ponderado criterio, de indiscutido patriotismo, se negaron a pesar de la presión de sus Partidos, a votar favorablemente este artículo 2.º transitorio, y prefirieron abandonar la sala antes de vincular su responsabilidad a lo que consideraban reproable.

No aceptamos pues, la interpretación injuriosa y malévola que han pretendido dar a nuestra actitud, precisamente los políticos que mayor responsabilidad poseen en el crecimiento del Comunismo, que no tuvieron escrúpulos en jugar con la suerte del país para el logro de sus ambiciones, llevándolos al

Poder, y que pretenden suponernos la misma intención que ellos tuvieron siempre, la de conquistar los votos comunistas.

Además, esta suposición injuria al propio Gobierno.

¿Si el Gobierno solicitó la eliminación de los comunistas de los Registros Electorales y esta eliminación le fué concedida por el Parlamento, que votos comunistas pueden captar los que están en des-acuerdo con el artículo 2.º transitorio?

¿O es que esta medida se usará como un simple medio de presión para obtener los votos comunistas sin eliminarlos de los Registros Electorales, a favor de determinadas candidaturas?

Si el Gobierno cumple las disposiciones del artículo 2.º transitorio, honradamente, será imposible que ningún Partido obtenga los votos comunistas y la crítica malévola o intencionada que se ha hecho se volverá contra los audaces que la formularon.

El Partido Agrario Laborista no ha aceptado ni aceptaría jamás el concurso comunista porque está reñido con la esencia misma de su doctrina y con el espíritu que lo informa.

Como no creemos en la eficacia de la aplicación de estas medidas llamamos a nuestros militantes a mantenerse alertas y a continuar luchando contra el comunismo revolucionario, que volverá a encontrar aliados en los mismos que hoy lo persiguen, cuando el oportunismo político así se lo señale.

Necesidad de oposición

La desviación de los Partidos Políticos hacia la burocracia, el abandono de los principios doctrinarios que crean la consistencia medular de una organización humana, han agregado a la descomposición y decadencia reinantes, un fenómeno que es fatal en una Democracia, el temor a la oposición.

En Chile, actualmente se está gobernando sin oposición y es curioso comprobar cómo el Gobierno y Partidos de su plataforma, rasgan sus vestiduras ante la menor crítica que se haga a cualquiera de sus actos. La decadencia nos ha inducido a un excesivo oficialismo servil que hace aparecer como inmanente e intangible todo acto, con tal de que venga del Poder.

Cabe señalar con profunda sinceridad a la opinión pública, que esta falta gravísima que registra actualmente nuestra vida nacional, puede ser fatal a nuestra Democracia, como es perniciosa ya a la eficiente conducción del Estado.

La oposición es necesaria, ella es la garantía de los actos de un Gobierno y su reactivo. Mediante la *fiscalización* levantada y noble, orientada en altos propósitos de beneficio público, sabe un Gobierno cuándo debe corregir sus actos y cómo está interpretando la voluntad del pueblo.

La oposición ha de tener cabida en una Democracia.

¡Qué ejemplo nos presenta la vieja Inglaterra, donde la oposición se ejercita ampliamente y donde el Gobierno que está en el Poder, lo primero que hace en cada oportunidad difícil es consultarla, buscando siempre la mejor fórmula, la conciliación de puntos de vista que origine la unidad nacional, requisito indispensable para asegurar el éxito de cualquier iniciativa de trascendencia!

Necesitamos en este país formar la oposición y ella ha de ser cimentada sobre bases netamente patrióticas, impersonal, sanamente fiscalizadora, respetable por su autoridad moral.

Creemos que un Gobierno necesita de una oposición que examine sus actos. Sólo las tiranías y los Gobiernos que no están interpretando los intereses de un pueblo pueden temer a la oposición. Sólo la vanidad y la egolatría y la conciencia intranquila no

pueden soportar la crítica correctora y serena en una Democracia.

Llamado a la Reconstrucción

Hemos analizado la crisis nacional en sí misma y en todos los factores que la han provocado, pero los hombres de trabajo en cuya representación os hablo, no se reunieron simplemente para criticar, porque entonces su actitud hubiera sido estéril y deleznable. Es imperioso indicar el camino para superar la crisis, para vencer la anarquía que socava el organismo de la República y que como hemos repetido tiene su origen en la quiebra de los conceptos morales, que inspiraban nuestro Estado.

Al constituir el Partido Agrario Laborista, sus fundadores hicieron un llamado a los hombres de trabajo para que se decidieran por fin a tomar en sus manos la responsabilidad de constituir una fuerza política capaz de superar los factores negativos que hemos analizado.

Durante años las fuerzas positivas de la ciudadanía vislumbraron la posibilidad de encauzar su acción política en un Partido genuinamente democrático, con la dinámica suficiente para alcanzar legítimamente el poder y realizar desde él la labor que devuelva a Chile el prestigio que tuvo en el pasado, su rol natural de conductor de las naciones latino-americanas, su potencialidad económica y el bienestar y felicidad de su pueblo.

Esta posibilidad la han alcanzado en el Partido Agrario Laborista, que es en sí, una reacción constructiva contra la crisis y que en su programa y doctrina ha condenado toda la ruda experiencia chilena en los campos social, político, económico e inclusive en los rumbos que corresponden a Chile en el plano internacional, como miembro responsable de la comunidad de naciones latinoamericanas. Desde este Partido lanzan los hombres de tra-

bajo su llamado a la Revolución de la Reconstrucción Nacional, a la conquista de la independencia económica que es necesario agregar a la libertad política que nos legaron los fundadores de la República, su llamado a la mentalidad nacional que ha de despertar vigorosa y lanzarse intrépida desde el derrotismo que lo consume a los derroteros de la creación de un destino y una grandeza para Chile y sus generaciones.

Y el Partido Agrario Laborista ha sido forjado sobre bases exclusivamente nacionales, chilenas en un ciento por ciento, sin necesidad de importación alguna de extrañas teorías ni de ensayos extranjerizantes. Esta realidad nuestra es fruto de la absoluta convicción que tenemos de que la solución de nuestro males está en nosotros mismos y que sólo podremos encararlos con nuestras propias fuerzas y los materiales de que disponemos: El pueblo de Chile, la capacidad de su raza, su tradición portaliana, su economía y su destino histórico.

Y al hablar de bases genuinamente chilenas, como no deseamos ser mal interpretados ni malévolamente entendidos, debo decir, que ello no interfiere en absoluto con el profundo respecto e interés que mantenemos por los fenómenos mundiales y por las experiencias que en muchas naciones se están recogiendo y que en mucho han de servirnos.

Y no se interprete tampoco nuestra posición como nacionalismo exagerado. Ya la burocracia ha pagado demasiado caro los errores de la exacerbación del nacionalismo para no comprender que la verdad radica en el acercamiento, amistad y complementación de todos los pueblos en la lucha por la paz, la compensación y la felicidad humana.

Esta es nuestra verdad y ésta es también nuestra posición política ante la quiebra moral, la crisis económica y la desintegración social. La restauración de las virtudes intrínsecas que posee Chile y

que se manifestaron ampliamente en el ímpetu creador de la era portaliana.

Los hombres de trabajo

Previa la conquista democrática del Poder Político por los hombres de trabajo y puestas al servicio de la nacionalidad, su experiencia y conocimientos, podremos iniciar, con la absoluta seguridad de salir airoso de la empresa, la orientación y la ordenación de nuestra economía, para lo cual es imprescindible que las fuerzas productoras de la nación trabajadores, técnicos y empresarios, tengan intervención y responsabilidad directa en la conducción de la economía.

La incorporación de los hombres de trabajo como fuerza política en la dirección de la nación y de la economía, involucra cambios trascendentales en la estructura política y administrativa de las provincias, a través de la transformación de una de las actuales Cámaras de nuestro Parlamento en Cámara de Economía o Funcional donde actúen representantes de todos los factores que intervienen en la función creadora de nuestra riqueza.

Creemos absolutamente infructuosa cualquiera medida de orden económico que sea entregada a la gestión burocrática actual que se distingue por su divorcio con la realidad nacional y por su anquilosado espíritu centralista.

Estimamos imprescindible la incorporación directa de la iniciativa y de la experiencia de las Provincias, a la conducción del proceso productor, a través de una armónica autonomía administrativa que permita una entrega generosa de sus energías, a la tarea común de todos los chilenos de crear una economía, que, apoyada por el capital, esté siempre al servicio del pueblo.

La producción

Uno de los puntos que la Convención del Partido Agrario Laborista consideró con mayor atención, consciente de su importancia y de la gravitación que tiene en nuestro destino, es el problema de la producción nacional.

Frente al Problema Social Económico, hacia cuya solución deben concentrarse todas las energías nacionales, no hay otra puerta de escape ni otra fórmula que la organización de la producción nacional.

Mucho se ha hablado del fomento de la producción nacional y sobre ella se han lucubrado los más variados planes. Sin embargo, muy poco es lo que se ha avanzado. El crecimiento vegetativo de la población supera los índices de aumento de la producción y así vemos como van año a año agigantándose déficits que son vitales en la vida de nuestro pueblo.

El problema de la renta nacional no ha sido encarado. La renta nacional es de cuarenta mil millones de pesos al año, lo que da un promedio de siete a ocho mil pesos anuales por habitante. Esta renta individual es una de las más bajas del mundo. Conduce directamente a la pauperización de un pueblo, a la miseria y a la rebelión social.

¡Sin embargo, frente a este cuadro doloroso de la inferioridad económica de un país, vemos la casi totalidad del presupuesto nacional absorbido por la burocracia en el tornillo sin fin de la inflación y de los aumentos de sueldos. La inflación origina el aumento de los precios y éstos la carestía de la vida. Los empleados públicos piden mejoramiento de rentas para defenderse del alza de las subsistencias y el Estado ha de imponer entonces nuevas contribuciones. A las contribuciones siguen, lógica y naturalmente, nuevos aumentos en los precios, en un

círculo infernal que a nadie beneficia y que convierte todo aumento en un espejismo.

La orientación del fomento de la producción debe hacerse sobre rubros que realmente conduzcan al aprovechamiento de los recursos y materias primas nacionales. Es indispensable estimular aquellos rubros donde el país pueda exportar para mejorar su balanza de pagos y su régimen de divisas.

El país carece de la población suficiente y de los capitales necesarios para una organización de sus actividades económicas. Los impuestos excesivos, la forma misma como las energías nacionales se han esterilizado en la burocracia, han impedido que la nación economice y reúna los capitales necesarios para salir de su postración y para desarrollar aquellos rubros susceptibles de exportación.

No podemos hacernos ilusiones de que Chile cuenta con tal capacidad económica, y ello es el fruto de la forma errónea como se ha dirigido el proceso económico.

Frente a este dilema premioso, nuestra crítica no ha sido desquiciadora. Los Agrarios Laboristas que defendemos la dignificación de los hombres de trabajo, tenemos la obligación más que nadie de preocuparnos del problema económico, y dando muestras de cooperación patriótica y levantada, hemos procurado soluciones para que el Gobierno y el país puedan imponerse a su crisis de capitales.

A diferencia de otros Partidos que sólo buscan en el Poder la satisfacción de sus intereses personales presentamos al actual Gobierno de la República, el precioso instrumento que era el Tratado Comercial Chileno Argentino, la operación económica de superior envergadura que iba a permitirnos de una vez por todas, sobreponernos a nuestra inferioridad de capitales y fomentar los rubros en que el país puede exportar.

¡Con el Tratado Chileno Argentino, pudimos haber desarrollado la explotación de nuestras made-

ras, de nuestra energía hidroeléctrico, de nuestro cobre, salitre, hierro, asegurándonos por muchos años el potente mercado argentino que sólo en acero tiene un consumo anual de un millón y medio de toneladas. Hubiéramos podido mejorar nuestro sistema caminero, modernizar nuestros puertos y faenas de explotación carbonífera, electrificar nuestros ferrocarriles. Todo ello con mercado seguro dando trabajo a centenares de miles de hombres, transformando a la República, de una economía unilateral en que está ahora orientada, al rol de un país productor en gran escala de artículos de exportación, vigorizando nuestra moneda y aumentando la renta nacional, lo que a la vez traería el aumento de los ingresos fiscales.

Hubo oposición para este Tratado que, conjuntamente a sus ventajas económicas, considerables y transcendentales, representaba también la complementación y la unidad con un país hermano en sangre, idioma e historia.

Hubo voces que se levantaron para decir que era absurdo aceptar un empréstito de Gobierno a Gobierno y que este sistema de empréstito constituía una aberración.

Nos preguntamos ahora: ¿y qué es el Plan Marshall de ayuda a Europa? No es acaso un gigantesco empréstito del Gobierno de los Estados Unidos a los Gobiernos de Europa? Y no han aceptado acaso estos empréstitos las naciones europeas para salvarse de la postración y de la ruina?

Esas críticas pueriles y ciegas, que pueden objetar ahora frente a este Plan Marshall, que por supuesto no reúne lo serie de ventajas y proyecciones que para Chile y Argentina abría su Tratado Comercial, complementando sus economías y permitiéndonos respaldar nuestro futuro con la amistad y la cooperación de la potente nación hermana.

El Gobierno de Estados Unidos preconiza los empréstitos de Gobierno a Gobierno para las nacio

nes europeas y para Latino-América propicia las inversiones de capitales particulares. No nos oponemos a esta clase de inversiones, pero frente a ellas debemos decir que están controladas desde el exterior, que capitalizan en el exterior, que los barcos que conducen sus productos, los seguros que se contratan, son extranjeros y que no nos dejan los beneficios y las garantías que la economía chilena necesita.

Para comprobar la veracidad de la afirmación que escucháis, basta considerar las cifras consignadas en la balanza de pagos de Chile, del año 1946, en lo que se refiere a cobre y a hierro.

En una exportación total en cobre de 110.626.737 dólares, retornaron a Chile 73.546.752 dólares y no retornaron 37.079.985 dólares, lo que significa que 34% de nuestra exportación de cobre capitalizó fuera de Chile.

En el hierro, la explotación total fué de 3.094.531 dólares y el retorno de 1.360.321 dólares o sea, que nuestra exportación de hierro capitalizó en el extranjero en un 57%.

Es además indispensable y ello se habría obtenido con la aprobación del Tratado Chileno Argentino, diversificar nuestra exportación que depende en un 70% de los productos de la minería; y como dice el informe de la Sección Investigaciones Económicas del Banco Central de Chile, refiriéndose al altísimo porcentaje que representan los productos de la minería en nuestra balanza de pagos: "Este hecho ha sido en el pasado y puede ser en el futuro motivo de considerables transtornos en nuestra economía, como consecuencia de fluctuaciones cíclicas externas que adquieren por este motivo extrema gravedad en nuestro país".

Si consideramos por ejemplo, en el caso del hierro que la exportación a Estados Unidos de nuestro Mineral de "El Tofo", asciende aproximadamente a un millón trescientas mil toneladas y que

retornarán solamente a Chile 1.360.000 dólares, significa que estamos entregando nuestro hierro al precio de un dólar por tonelada. ¡Basta leer estas cifras para darse cuenta como se desgrana el país sin que se levanten voces que lo defiendan!

Las estadísticas demuestran que no hay relación, como ya lo hemos afirmado tantas veces, entre el crecimiento de la población chilena y el crecimiento de la producción chilena.

A partir de 1900, la población del país ha aumentado de 2.500.000 habitantes a 5.400.000 habitantes, pero si consideramos que los índices de aumento vegetativo van creciendo en los términos que váis a escuchar, podremos en toda su magnitud apreciar la extensión del problema. En 1900, el aumento vegetativo era solamente de 2,2 por mil y la mortalidad alcanzaba al 36 por mil. En cambio hoy, el aumento es superior al 14 por mil, y el índice de mortalidad ha bajado al 19 por mil. Tenemos un aumento anual, hoy día, de más de ochenta mil habitantes que representan 80.000 seres humanos a quienes hay que nutrir y albergar y si confrontamos estas cifras con algunos rubros que permanecen estagnados o en decrecimiento, podremos apreciar el problema pavoroso que significa para Chile su futuro como nación si no afronta con energía la responsabilidad de sus soluciones.

Nuestra masa ganadera, por ejemplo, desde 1900 hasta la fecha, no ha sufrido variaciones, lo que significa que la provisión de carne que figura en la dieta media del país ha bajado desde 1900 a la fecha, en un 54% y si a esta consideración agregamos que gran parte de la ganadería de carne ha sido substituída por ganadería de leche, podemos afirmar que el país tiene hoy con relación a 1900, una producción de carne inferior en un 60% a la que tenía hace medio siglo.

La vivienda que significa el hogar de nuestro pueeblo, la seguridad de la familia, la recuperación

de las energías invertidas en el trabajo y la dignidad conquistada por el hombre como ser civilizado y libre, es otro de los graves y trágicos problemas que tiene Chile que encarar y que no ha encontrado hasta hoy solución alguna, ni siquiera paliativo. No solamente no se ha estimulado una política de construcción de viviendas sino que el régimen de restricción de créditos que se ha impuesto a los bancos particulares ha disminuído en este año solamente en nuestra capital, en un cuarenta por ciento los capitales invertidos en construcción de casas de habitación.

Actualmente se precisa construir en Chile trecientas mil casas para saldár el déficit de arrastre y si a ella se agrega el crecimiento vegetativo de la población que es de 80.000 habitantes por año y que el ritmo de construcciones es insuficiente para albergar los nuevos habitantes de Chile, resulta entonces que de año en año, el problema de la vivienda se agrava entre nosotros.

La producción de oleaginosas es y continuará siendo absolutamente insuficiente con relación al consumo. El azúcar, que consumimos es íntegramente importado y si a ello agregamos la importación de combustible y de materias primas, que alcanzan al 50% del total de nuestras importaciones, llegamos a la conclusión que las cifras de importación de artículos absolutamente indispensables para vivir, como son la carne, aceite, azúcar, los combustibles, van de aumento en año en año, consumirán el total de nuestras divisas disponibles, y que somos incapaces de producir y que impidiendo así la importación de maquinarias absolutamente industrialización y mecanización agrícola. Este círculo infernal no se quiebra sino con el aporte de grandes capitales invertidos cuidadosamente en rubros que signifiquen un aumento violento de nuestras exportaciones para premunirnos de las divisas necesarias al equilibrio

de nuestra balanza de pagos y para producir un excedente que nos permita capitalizar.

Es indispensable subrayar que nuestras exportaciones que dependen en un 70% de productos de la minería, están condicionadas a las fluctuaciones cíclicas externas y que en cambio nuestras importaciones, que en 50% son de materias primas y combustibles en un 25% de materias alimenticias no pueden ser restringidas, abriendo así, la rigidez de nuestras importaciones y la inseguridad de nuestras exportaciones ampliamente las puertas al avance incontenible de las crisis que pueden advenir en el futuro.

Moneda sólida

No hay, señores, libertad política sin independencia económica y no existe independencia económica con una moneda anémica.

Una moneda sólida resguarda la soberanía nacional, defiende la paz social, estimula el ahorro y ampara el hogar de los humildes.

Por ello declaramos que es obligación primordial del Gobierno de Chile el detener la inflación y no continuar con gastos presupuestarios que el país no puede solventar, ni exigiendo de los contribuyentes que extiendan mansamente el pescuezo para que caiga encima el cuchillo implacable del interés político.

Así como el esfuerzo fundamental es la reducción de la hipertrofiada burocracia que nos succiona, también la iniciativa del Gobierno ha de orientarse a la consideración de la pesada carga que para nuestra economía significa el presupuesto de las Fuerzas Armadas de la Nación.

Las Fuerzas Armadas de la Nación deben mantenerse en un grado completo de eficiencia. No incurriremos en el tremendo error de criticar su existencia. Lo que nos interesa y en lo que coincidimos con muchas iniciativas brotadas del mismo seno de nuestras Fuerzas Armadas, es en la tesis de que de

bemos sacar de ellas adecuado provecho para nuestra reconstrucción económica.

Estamos orgullosos de nuestras Fuerzas Armadas. Son ellas escuela de civismo y garantías de la República y sus instituciones fundamentales. Han prestado y prestan al país servicios que las han enaltecido.

Poseen ellas eficientes cuerpos de técnicos que pueden ser aprovechadas en la economía nacional si se les abre un campo propicio y no cabe duda que el mejor medio de utilizarlas es mediante la implantación del Servicio Obligatorio del Trabajo, confiado al honor, patriotismo y disciplina de nuestras Fuerzas Armadas. El contingente que durante algún tiempo ha cumplido su Servicio Militar Obligatorio debe continuar un tiempo más en un Servicio también Obligatorio del Trabajo, absolutamente gratuito para el Estado y que se financie con las mismas obras que llevé a cabo.

El mejoramiento y conservación de caminos, disecación de pantanos, reforestación de áreas completas de la República, obras de regadío, construcción de ferrocarriles, construcción de viviendas obreras y campesinas, recolección de cosechas y tantos otros rubros, que pueden ser perfectamente realizados por este Servicio del Trabajo, a cargo de la eficiencia de nuestro Ejército.

El país economizaría ingentes sumas de dinero, dignificaría el trabajo manual elevándolo a la categoría de Servicio del Estado, crearía y estimularía nuevas fuentes de riqueza, lograría la estimación y comprensión de sus clases sociales al convivir ellas en el trabajo y, primordialmente, sin disminuir un ápice sus Fuerzas Armadas, las aprovecharía en su reconstrucción económica, dejando de ser éstas sólo factor de gastos.

Esta iniciativa del Servicio del Trabajo Obligatorio ha partido de las propias Fuerzas Armadas, en las que prestigiosos Jefes han declarado que es

tán deseosas de entregar un aporte más a la causa de la grandeza nacional.

¿Por qué no aprovechar entonces la disciplina la calidad y la técnica de nuestras Fuerzas Armadas en la reconstrucción económica de Chile, con el inmenso beneficio de capacitar prácticamente a nuestras generaciones jóvenes para la lucha por la vida, corrigiendo de inmediato la errónea orientación que se ha dado a nuestra enseñanza secundaria?

Si Chile no tiene capitales, le queda en cambio lo que es la más preciosa reserva de una nación, el trabajo de su pueblo. En la creación de la mística del trabajo que tanto necesitamos despertar, el Servicio Obligatorio del Trabajo, bajo la tuición de las Fuerzas Armadas, sería el instrumento principal.

Independencia económica

En resumen, los elementos fundamentales que intervienen en la reconstrucción económica nacional son una moneda sana, la ordenación geográfica-económica de las zonas de producción del país, la autonomía administrativa de las provincias, la introducción en los gastos públicos de severas economías mediante la supresión de todos los organismos burocráticos inútiles y de la reducción de nuestra frondosa burocracia, la renovación y el aumento de nuestros equipos mecanizados de producción y transporte la reordenación y justa distribución de las cargas tributarias; una política nacional de créditos baratos y a largo plazo cuyo espíritu sea el control de la inversión y no el de la garantía para hacer del crédito un efectivo elemento de producción, el acrecentamiento del poder consumidor nacional que permita el desarrollo y el establecimiento de nuestras industrias manufactureras vitales con miras a la exportación; la industrialización de nuestros productos agrícolas y materias primas en general; el desarrollo de nuestros medios de transporte, ferrocarriles, aviación y muy especialmente nuestra Marina Mercante y de cabotaje; organización de

la industria pesquera nacional; el estudio profundo de los mercados internacionales y el consecuente fomento de la producción de aquellos artículos que puedan competir en el mercado internacional, una reforma educacional encauzada a dotar a la economía de los elementos técnicos especializados que son indispensables a su desarrollo; una sabia política inmigratoria de elementos especializados en aquellas ramas de nuestra producción que necesitamos estimular; la derogación de aquellas leyes de intervención estatal que en la práctica han demostrado su acción ineficaz y perturbadora, como el Comisariato de Subsistencias y Precios y el Control de Cambios; y finalmente, creemos que la República debe concentrar sus esfuerzos en la creación de la industria pesada para la cual dispone de todas las materias primas esenciales, con miras no sólo a la exportación, sino para abastecer el consumo interno de rubros importantes como son maquinaria agrícola, equipo ferroviario, herramientas, fierro en planchas, etc. La industria pesada nos conducirá por la intensificación del aprovechamiento de nuestras reservas hidro-eléctricas a la electrificación de los Ferrocarriles, con lo que Chile pasará a convertirse en país exportador de carbón. Así mismo, al estructurar nuestros Astilleros, nos permitirá construir las embarcaciones pesqueras y de cabotaje que necesitamos para aprovechar las posibilidades que nos ofrece el océano. Y cabe recordar que la industria pesquera chilena está llamada a compensar el déficit de carne que siempre arrastraremos si no buscamos soluciones a base de nuestros propios recursos nacionales.

La paz social

Al pronunciarnos sobre la cuestión social, sólo quiero referirme al aspecto de ella que es capital, pues sin su solución no es posible pensar ni en restauración política ni en potencialidad económica, la paz social. Mientras el trabajo concorra a la fun-

ción de producir como un factor dependiente del capital, en calidad de mercancía, y no en las condiciones de igualdad a que tiene derecho, sin menoscabo del derecho de propiedad, la paz social sólo podrá ser aparentemente mantenida con medidas de orden restrictivo, quedando en pié todos los factores de la lucha social.

La verdadera función del Gobierno al que los Agrario Laboristas propenden, en lo que al problema económico se refiere, es la orientación de la producción nacional, pero esa función se verá profundamente perturbada, mientras el factor humano sienta que su contribución de capacidad, de esfuerzo, de sacrificio y de espíritu creador es considerada en el mismo nivel de la materia inerte o de la máquina.

Nuestra responsabilidad

Chilenos: Hemos señalado a la opinión pública los elementos fundamentales de la ordenación moral, política, económica y social de Chile.

El Partido Agrario Laborista, cauce político de los hombres de trabajo, adquiere el compromiso de luchar serena e inflexiblemente, con denuedo y profundo espíritu de sacrificio y a la vez con clara conciencia de la tremenda gravedad de la crisis integral porque atravesamos, por la realización de estas aspiraciones supremas de la nacionalidad.

La fuerza moral que nos brinda la fe en nuestros destinos, la firmeza de nuestras convicciones, la sinceridad de nuestros propósitos y la promesa de nuestra entera consagración al triunfo de estas superiores aspiraciones, nos autorizan a dirigirnos a la ciudadanía toda en demanda de su comprensión y apoyo.

Principalmente nos dirigimos a los hombres de trabajo, a los que como empresarios soportan sobre sí el peso de sus organizaciones creadoras, a los técnicos a cuya capacidad está confiada la construc-

ción material de este país, a los empleados y obreros de todas las condiciones que ansían justicia y bienes tar, a los no contaminados con la politiquería, las pasiones y los egoismos, para que asuman su tarea de detener a la República en su caída.

La responsabilidad no es sólo de los ciudadanos que se han agrupado en este partido, es de todos y a todos los chilenos corresponde la tarea. Al pueblo que ha olvidado que su fuerza es la cultura, a la clase media que tiene una misión que cumplir. La hora es de decisión y no de miedo. El destino que ansiamos habremos de conquistárnoslo nosotros mismos, así como las consecuencias de un nuevo error caerán sobre todos.

Nuestro joven Partido, levanta como postulantes a parlamentarios a un grupo de sus hombres. (Los señala al país como depositarios de las condiciones y virtudes que los habilitarán para desempeñar con acierto la pesada tarea de iniciar una nueva etapa en la historia de Chile.

Ellos representan el sincero esfuerzo de proyectar hacia el futuro las viejas tradiciones del pasado y de quebrar el período más crítico de nuestra vida nacional.

Creemos que el Agrario Laborismo encierra en sí las fórmulas de solución del problema Social-Económico y de conservación a la vez de lo que es máspreciado para el hombre su dignidad y el derecho a disponer del fruto de su trabajo para bien de los suyos y de su Patria.

Que la victoria de estos ideales en los comicios de 1949, marque el despertar del pueblo chileno, el reconocimiento de la nacionalidad y el retorno de la grandeza que nos legaron nuestros antepasados y que no se supo cautelar.

Con lo mejor de nuestras almas puestas en el destino, la gloria y la eternidad de nuestra raza, esperamos ahora la voluntad del pueblo que tiene en sus manos decidir el futuro de la nación.

Imprenta de
«EL RANCAGÜINO»
O'Carrol 516 – Rancagua.